

cesaría al pecador, tan amable en el justo, tan predicada al cristiano, descendid sobre la tierra, y deteneos en medio de nosotros. Humildad madre de las virtudes, humildad remedio nuestro, sed nuestra virtud hasta el fin pura, sincera y llena: suplid la imperfeccion de nuestra piedad, suplid la flaqueza de nuestra penitencia, cumplid en nosotros toda justicia, conservadnos en el temor, elevadnos en el amor, hacednos crecer en la gracia, para ser algun dia la medida de nuestra gloria.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA
DE CUARESMA.

DEDICADO A LAS JUNTAS DE CARIDAD.

IDEA. SOBRE EL BIEN PÚBLICO.

Bonum est nos hic esse (Matth. 17. v. 4.).

En el capítulo 17 de San Mateo se lee, y éste es el Evangelio de hoy: Tomó Jesucristo á Pedro, Santiago, y Juan su hermano; los llevó á un monte muy alto, y se transfiguró á presencia de ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se blanquearon como la nieve. Y ved aquí que se aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Y Pedro le dijo: Señor, bien estamos aquí. Si quieres, hagamos tres tien-

das, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías.

Aun estaba hablando, cuando les cercó una nube luminosa, y salió de ella una voz, diciendo: Este es mi hijo amado; en quien yo tengo mis complacencias: oidle. Y cuando le oyeron los discípulos, temieron mucho, y cayeron; pero Jesucristo se llegó á ellos, les tocó, y les dijo: Levantaos, y no temais. Levantando ellos los ojos, á nadie vieron ya sino á Jesucristo; y en el descenso del monte les mandó que á nadie contasen la vision hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos: hasta aquí el Evangelio.

Los expositores é intérpretes hallan materia en él para hablar de varias cosas. Ya se extienden sobre el Tabor; ya hablan sobre los Discípulos; ya hacen caer sus reflexiones sobre el desprecio del mundo; ya hablan sobre la Iglesia, y ya sobre las delicias de los hijos de Dios.

Otros lo comentan de otro modo; y yo, valiendome del sentido figurado, procuraré hacerlo venir oportunamente al objeto que me propongo. Considero esta casa de piedad y de misericordia como un místico Tabor, donde Jesucristo hace ostentacion de su gloria, dejando escapar algunos rayos; rayos de providencia y conservacion, sensibles en el modo tan admirable con que se aumenta este instituto á pesar de las vicisitudes de los tiempos. Él permanece, cuando vemos que han dejado de existir otras piadosas instituciones. Si el Señor eligió á Pedro, Santiago y Juan para testigos de su magestad y grandeza, yo creo que los que entren en este santo templo

movidos de un santo zelo, tienen aquí ya públicos los designios del Señor. Aquí resuena aquella voz del Eterno Padre: Aquí estoy, y este es mi hijo querido en quien tengo yo mis complacencias. Los que dedicados á los deberes que prescribe la gratitud desempeñan las funciones de su ministerio, tienen motivo de repetirle al Señor: *Domine, bonum est nos hic esse*: Señor, bien estamos aquí. Aquí donde la Religión léjos de trastornar las leyes de la sociedad humana, contribuye á mantenerlas, y donde aumentando el respeto debido á las leyes que nos rigen, añade el que debemos nosotros á ellas mismas, y hace sagrado su deber, erigiéndole en precepto, facilitando su cumplimiento, y vinculando á ellos una eterna recompensa. Este acuerdo maravilloso de la Religión y de las leyes, este concurso feliz de los oyentes y feligreses mis amados que componen este cuerpo y tiran á un mismo fin, ¿no se descubre claramente en esas dignas asociaciones de caridad? asociaciones que se emplean en la mayor parte para subvenir á las necesidades que se renuevan, y para las que empleais el dicho del Evangelio, y de donde depende el consuelo de los infelices vecinos. No procedais á resolver sino después de las preces y oraciones que dirigís al Altísimo. En una palabra, todo anuncia que vosotros estais dispuestos como Jesucristo para llenar los importantes fines del Criador. Socios de un instituto de caridad, animaos á vosotros mismos; yo quiero en cierto modo compararos á Jesucristo, y tomo por blanco de mi discurso el

amor al bien público: nada mas. Si trato delante de personas ilustradas de un asunto de esta importancia y no tengo el talento de fijar vuestro espíritu, tendré á lo menos el mérito de hablar de un sentimiento que se halla en vuestros corazones. Yo acudiré á las luces de la divina gracia implorando la proteccion de la Madre de Dios, á quien saludo reverentemente diciendo: *Ave María*.

PARTE ÚNICA.

Hay siempre en un estado muchos subalternos, de quienes se puede decir, que son hombres y nada mas; colocados en la sociedad humana para cooperar al bien general, ellos lo reducen todo á su ventaja particular. Extranjeros aun en su patria, se miran como aislados en el universo, sin pasar jamás la esfera que el amor propio ha llevado á su alrededor. En vano les muestra la experiencia, que aquí la felicidad de una corporacion y un estado es el fruto de los esfuerzos reunidos de los miembros que la componen; que vuelve á cada particular una porcion de la felicidad pública, que no deberia ser sino la recompensa de aquellos de quien es la obra. En vano la razon les representa que pierdan alguna vez de vista el vil interés, único móvil de sus acciones, y en fin, que para amarse racionalmente á sí mismo, es necesario amar á los otros.

Este lenguaje del deber no es escuchado; la voz débil de la naturaleza está sufocada por los gritos mas crueles de las pasiones; no sirven á

sus hermanos sino por necesidad; no se doblan sino bajo la fuerza; y en las tribulaciones y prisiones, desgracias y necesidades, su boca se abre siempre á la murmuracion, y jamás á los suspiros.

¡Cuán al contrario sucede en un ciudadano cristiano! Si subo hasta el principio que le hace obrar, es el amor del bien público, conocido bajo nombres diferentes segun las distintas constituciones del Estado. Es el que se llama amor á la Patria, amor respetuoso en las Repúblicas, amor feroz que está señalado alguna vez con ejemplos. Se llama amor del Estado en las Monarquías, y es el correspondiente con el amor al Rey que es su padre; no tiene imperio en los estados despoblados porque allí no existe.

Es el zelo del bien público, sea cual sea su naturaleza, el móvil del héroe cristiano. Sentimientos generosos fundados sobre la virtud, que haciéndole un deber de servir á sus semejantes, exige imperiosamente los mas grandes sacrificios desde que entran á su cuidado. Si él no fuese mas que un hombre olvidado, limitado en sus miras, poco penetrado de sus obligaciones, no tendria por regla de sus acciones sino el ay de sí mismo. Sentimientos, en verdad, propios de la naturaleza, que queriendo proveer á la conservacion de sus obras, ha grabado estas palabras en nuestra alma, con caracteres indelebles: amaos á vosotros mismos; pero seminario de pretextos por nuestras pasiones, que dan á este precepto de nuestra naturaleza una extension indebida, que nos grita sin cesar: no ameis sino á vosotros mismos.

sí, las pasiones los hacen obrar como hombres; la Religion como cristianos.

Si después de haber reflexionado el principio de sus acciones, me detengo en considerar el objeto de sus sentimientos, hallo en el bien público el camino donde se reúnen sus afectos; el verdadero amigo del prójimo, sabe olvidarse de sí mismo por él; en vano el ay propio se esfuerza en reconvenirle; él sabe romper con valor sus duros hierros, se escapa de su prision, sale de sí mismo para derramar su caridad sobre todo lo que le rodea; multiplica en cierto modo su ser. Existe en cada uno de sus prójimos, porque lleva todas las necesidades en su corazón, y su corazón es tan extenso como ellas. ¡O hombres! ó egoistas que no existís sino para vosotros mismos, porque vuestros hermanos nada son. Pesos inútiles en la tierra, ¡cuán pequeños sois delante de la caridad! Entrad dentro de vosotros mismos; por el ay propio ocupais un punto en el universo. ¿Me atreveré yo á compararos á él? ¿Qué nobleza, oyentes, en el fin que os propuse, y cuán hermoso es ver sobre la tierra á un mortal ocupado en buscar á su prójimo el socorro, el alivio y la felicidad de sus hermanos; en hacer depender la suya propia juntamente á una felicidad que no partiria ya; en una palabra, para no poder ser feliz sino en comun! Tal es la idea que debe hermanar á un verdadero socio de este instituto de caridad.

Yo convengo en que amando al prójimo, él no renuncia por esto de amarse á sí mismo; y que por ser socio de una corporacion, él no deja

de ser hombre: yo sé que el amor propio es un germen que la naturaleza ha depositado en nuestros corazones; germen peligroso ó inútil, segun que su desarrollo está arreglado á las pasiones ó á la razon. Que es un sentimiento inamisible, que hace presente nuestra existencia; pero si no podemos anonadarle, se puede y se debe arreglarle.

Sucede en el amor propio, como en ciertos arbustos salvajes, que unidos por acaso á un suelo abandonado, ó no llevan fruto, ó no le producen sino amargo; si una mano industriosa los trasplanta á unos fértiles jardines, si por una feliz operacion del arte se ingertan en su tronco fértiles ramos, adquieren por el cultivo una feliz fecundidad: tal es el amor del prójimo; el amor á sus semejantes, entallado sobre el amor propio; sin destruirle se le hace llevar los mismos frutos. Y esto es lo que hace la caridad: hace alianza maravillosamente el amor del bien general con el amor de sí mismo, de manera que el primero lleva siempre en él la ventaja sobre el segundo. Asegurado de no poder encontrar su consuelo sino en el consuelo de sus hermanos, no pudiendo hallarle sino allí, se ocupa directamente y reune todo en el socorro de los prójimos, sin descuidar el cuidado de sí mismo, que será siempre mas conforme á la razon. Bien superior en esto, como en todo lo demás, á aquellos hombres indiferentes y apáticos, que desconociendo hasta el seno que les ha alimentado, vuelven sus miras sobre sí mismos, se proponen su interés particular por primer fin, y son bastante duros

para ser felices en las miserias de sus semejantes; haciendolos entonces mismo víctimas de su crueldad ó interés cuando ellas son sus obras. Poco delicados en la eleccion de los medios, adoptan indiferentemente todos los que pueden conducirles á su fin.

No sucede así en este piadoso instituto de beneficencia; aquí es donde se ejerce con mas ventaja la caridad. Si el fin que se propone es el alivio de los menesterosos, ¿dónde se podria aprovechar talento y bienes con mas galardón de Dios y bendiciones de nuestros prójimos!

Él emplea el arte de la intriga sordamente; ¿y qué uso hace de ella? Él marcha por un camino donde no tiene tropiezos que apartar. No recurre á la lisonja y á la mentira; porque ¿qué interés tiene en engañar á los hombres, cuando solo intentan su proteccion? si su mérito le eleva á un puesto sublime, esta plaza ¿no será rodeada de bienes que le habrán servido de piedras para ello? No se compra á este precio el honor de subir, cuando está muy próximo el peligro de bajar; en una palabra, todos estos indignos medios pueden tener relacion con el interés particular; pero ciertamente ¿no lo tienen en el bien de nuestros hermanos, que es la única base del que está animado de caridad?

¿Quereis saber lo que un verdadero cristiano emplea para llegar á este noble fin? Se sacrifica á las miserias, y mira como perdido para él el dia en que no ha hecho algun bien por sus semejantes. Se presta y admite gustoso, como el único digno de él, el placer de socorrer; consagra sus

talentos al servicio del público, pudiendo como otros muchos procurarse una agradable celebridad; prefiere el mérito de servir á sus pobres y á sus hermanos enfermos, al honor frívolo de agrardarle. Sus facultades están siempre prontas á sacrificarse en beneficio de sus necesidades. Consagrad sin temor todos vuestros tesoros al alivio de los menesterosos y dolientes, distribuyéndolos oportunamente; en lo demás, aquellos á quienes los confiéis, sabrán ensalzaros hasta el templo de la fama.

El sacrificio de su vida harán gustosos en caso necesario para llenar los deberes de la caridad, y acudir al alivio de sus hermanos; vosotros vereis sin pena que este modo de pensar os eleva justamente sobre el comun de los hombres.

En efecto, incapaces los unos de hacer por su prójimo el menor sacrificio de su dinero ó de sus placeres, sumergidos en una indigna molicie, apenas despiertan al ruido de los sacudimientos violentos que agitan alguna vez sus conciencias, vuelven á adormecerse sin cuidarse de si el suelo que les sostiene como á ellos ha vuelto á tener su primera tranquilidad. Los otros seres ambiciosos, siempre dispuestos á satisfacer á sus pasiones todo lo que les hace al caso, no balanceando elevarse sobre sus ruinas, sino pueden de otro modo, compran al precio de los trabajos de sus semejantes culpables laureles, que se marchitan luego sobre su frente, y pervirtiendo el orden de la sociedad, vuelven en medio de la elevacion personal á la fortuna pública, que es el fin que ellos se debieron proponer.

Los primeros son miembros inútiles; los segundos miembros peligrosos: desapareced delante del hombre de caridad, amadores inmoderados del descanso; vosotros no sois sino los primeros dignos de nuestro desprecio, y los otros dignos de nuestra indignacion. Solo el hombre que se consagra al bien de sus hermanos merece todos nuestros inciensos, y este es el único punto de vista bajo el cual me he propuesto considerar las recompensas que él obtiene y alcanza.

La primera recompensa que goza, aquella que le lisonjea mas, aquella que puede al menos arrebatarle, es esta voluptuosidad pura, que une el cumplimiento de sus deberes, al testimonio interior que él se da de no haber despreciado nada para ser útil; la recompensa que él esperaba en vista de los felices que él ha hecho ó de los desgraciados que él ha consolado; la memoria deleitable de las necesidades que él ha provisto, ó alejado, ó dulcificado, este es el encanto indecible de la virtud, que desquita con abundancia los esfuerzos que cuesta para ser bueno; finalmente, son estas delicias que no es dado á todos los corazones el conocer, y que realmente no se ha comunicado á ningun orador el explicar, porque el sentimiento no puede ser bien expresivo sino por sí mismo; por lo que á mí toca, yo tengo la ventura de hablar á presencia de un piadoso concurso. Vosotros os habréis encontrado mil veces en esta deliciosa situacion. Si vuestros corazones que me oyen suplen en este instante los esfuerzos débiles de mi voz.

Otra recompensa puede este instituto mere-

cer siempre, porque lo que la envidia le niega alguna vez, es la estimacion pública. ¡ Con qué respeto se miran unos hermanos á otros unidos para el bien de la humanidad, que por un trabajo infatigable, por tareas útiles, por una probidad á toda prueba, por acciones de zelo y de compasion se han adquirido la reputacion de verdaderos hermanos de caridad! Las denominaciones honrosas de bienhechores del género humano, y de padres de los pobres y de los enfermos, se les prodigan á boca llena; sus acciones, que no se dejan de citar, sirven de ejemplo, y su nombre de estímulo.

Si alguna vez encargados de una vasta administracion por los deberes de su rango, por la desgracia de las circunstancias, ó simplemente por miras superficiales, se ven obligados á desagrados: si no proporcionan á todos los infelices los socorros que quisieran, por ser mas útiles en otro objeto; si ellos mueren colmados de este pesar, la ejecutiva posteridad que juzga sin prevencion, de un modo la reconcilia, que bajo el fruto de su mal venga con brillantez su memoria; se apresura á consolar su sombra, y á tributar á sus cenizas los honores que tal vez ha negado á sus personas.

¡ Qué de juicios innumerables por el ay de la caridad, y qué de nombres famosos en los registros de este instituto de misericordia, que no han hecho mas que precedernos!

Ved aquí los diferentes respetos bajo de los cuales se puede mirar al hombre cristiano con ventajas, y que le aseguran una proteccion deci-

dida sobre el hombre. Yo le he admirado en el principio de sus acciones y en el objeto de sus sentimientos; en el que se propone, y en los medios de que se vale para conseguirle; en los recursos que él merece y que él alcanza; y yo le he descrito sin diferenciar de situaciones ni de clases; tal cual es, yo le contemplo desde luego aumentado entre los devotos. Si la caridad es la que os mueve al socorro de los indigentes, esta aborrece la distincion de personas: esta sabe conocer al hombre misericordioso por su necesidad, y repugna á aquel que no lo es, por mas acreedor á sus cuidados que fuere, ó mas invariablemente infeliz. Miremos á Jesucristo en la persona del pobre, del enfermo y del necesitado; pensemos que dedicándonos á ocurrir á las miserias humanas, hacemos el papel del Redentor; cuidemos de los pobres; consolemos á los enfermos; socorramos á los indigentes; amonestemos fraternalmente á los que viven menospreciando la ley; que la caridad nos haga tomar distintas formas; que seamos otros tantos proteos: que lloremos con los que lloran, nos alegremos con los que se alegran, que nos multipliquemos en cierto modo por nuestros esfuerzos generosos, y hagamos unos mismos corazones y una misma alma con la de nuestros hermanos menesterosos. Vivir así, será vivir en el Tabor de la gracia: vivir así, será disponernos para admirar la gloria de la Transfiguracion de Jesucristo: vivir así, será ser unos hombres, porque la verdadera perpetuidad sobre la tierra no la da otro que el bien público.